

NA
RRA
TTVA

«Es nuestro», gritó Dan Lombardo nada más colgar el teléfono. Los 21.000 dólares recaudados a través de distintas donaciones habían bastado para eliminar a cualquier posible contrincante. El poema inédito de Emily Dickinson, el lote 72 de la subasta realizada por Sotheby's aquel mayo de 1997, volvía a casa, a Amherst, Massachusetts, la ciudad natal de la poeta y donde Lombardo trabajaba como conservador de colecciones especiales de la Biblioteca Jones.

Nada hacía sospechar al bibliotecario que aquel poema «escrito a lápiz en un trozo de papel con rayas azules que media 20 centímetros por 13» era falso... Pero lo era. La poeta nunca había escrito aquellos versos erróneamente fechados en 1871 y de extraordinario parecido con otros que Dickinson había enviado en 1875 a su amiga Elizabeth Holland: no solo el papel era el mismo, sino que la caligrafía era muy similar teniendo en cuenta que, a lo largo de su vida, Dickinson cambió varias veces su caligrafía, como señala Ralph Franklin, uno de los máximos especialistas en los manuscritos de la poeta norteamericana. Al igual que Lombardo, en un inicio, Franklin no se dio cuenta de que estaba delante de una falsificación como tampoco parece ser que lo hizo Marsha Malinowski, la encargada de subastar el poema, quien avalaba la incuestionable procedencia del manuscrito. ¿Qué brillante falsificador había podido engañar, no solo simulando la letra de Dickinson, sino replicando perfectamente su estilo, a los mayores expertos y conseguir saltar todos los supuestos filtros de los que Sotheby's alardeaba?

Fue el abogado, coleccionista y presidente de la sección de Utah de la Sociedad Emily Dickinson, Brent Ashworth, quien dio la voz de alarma señalando al responsable: Mark Hofmann, uno de los más conocidos falsificadores de la historia reciente de Estados Unidos que, desde 1987, cumple condena acusado de dos asesinatos en primer grado.

En *La poeta y el asesino*, libro que recupera ahora la editorial Impedimenta y que ya había sido publicado en 2004 por Emecé Editores, el periodista Simon Worrall reconstruye la historia de Hofmann, un hombre que se convirtió en el mayor falsificador literario del siglo XX con el objetivo de destruir la iglesia mormona, de la que formaba parte su padre y bajo cuyos preceptos había crecido. «Hofmann era un comerciante de documentos raros de Salt Lake City que a principios de los 80 había sido capaz de crear una serie de magníficas falsificaciones de documentos históricos mormones que habían socavado los principios fundamentales de la enseñanza de la iglesia», explica Worrall.

Aquel niño apasionado por los trucos de magia aprendió muy pronto a disimular su agnosticismo; «así fue como aprendió a enmascarar y ocultar sus verdaderos sentimientos y creencias». Vivir una doble vida despertó en él una gran ira en contra de sus padres y en contra de la religión que representaban, una ira que terminó por aflorar cuando, con la intención de desestabilizar y engañar a la comunidad de la que había formado parte, comenzó a estudiar la figura de Joseph Smith, padre fundador de la iglesia mormona, así como sus textos. *La Transcripción de Anthon*, clave para los mormones, fue su primera falsificación: Hofmann consiguió hacer pasar su falsificación por el documento original a pesar de que se había dado por perdido. No so-

lo simuló su letra, sino que incorporó errores ortográficos, algo característico de todos los textos de Smith. Asimismo, utilizó peróxido de amoníaco y otras sustancias para envejecer la tinta y roció el papel del manuscrito con leche y gelatina, además de calentarlo en una plancha, para hacer aparecer los habituales lamparones provocados por el paso del tiempo.

Tras *La Transcripción de Anthon* vinieron muchas otras falsificaciones: se calcula que Hofmann llegó a falsificar la letra de 129 figuras de relevancia entre las que se encuentran Joseph Smith, Billy el Niño, Abraham Lincoln, George Washington, Mark

Twain, Walt Whitman y Emily Dickinson. ¿Fue el poema de Dickinson la más perfecta de la estafas de Hofmann? De lo que no hay dudas es que fue de las más mediáticas, consagrándolo como uno de los grandes falsificadores literarios. Con los años, Hofmann había ido perfeccionando su arte, demostrando su incuestionable valía con la falsificación de *La carta de Salamandra* de Martín Harris, otro de los nombres clave de la iglesia mormona.

Por lo que se refiere a Dickinson, Hofmann se aprovechó de las constantes variaciones que la letra de la escritora había experimentado a lo largo de los años y de la cantidad de manuscritos que, sin fechar y, en ocasiones, sin firmar que se habían encontrado en los cajones de la poeta tras su muerte. Conocía las desordenadas pautas de escritura de la poeta que, después de 1871, componía sus poemas en trozos de papel y, cuando quería enviar algunos versos a alguien, utilizaba papel congresos, papel que Hofmann utilizó para escribir los falsos versos. Además, Hofmann reprodujo las variantes que caracterizaban su caligrafía alrededor de 1871, utilizando los dos tipos de «d» y dos tipos de «e» que se apreciaban en los manuscritos de aquella época. Si la llamada de Ashworth a Lombardo alertó del origen de aquel poema, un estudio todavía más minucioso de Franklin descubrió el engaño: «Dedicó horas enteras a buscar indicios en los que pudiera verse la mano de un falsificador, y finalmente encontré algunas anomalías (...) Una de ellas es la T mayúscula. La de Dickinson suele inclinarse hacia abajo y ésta no».

En *La poeta y el asesino*, Simon Worrall no busca solo narrar lo sucedido, sino indagar en la microhistoria que hay detrás; no le interesa solo el magisterio de Hofmann en el arte de la falsificación, sino también los errores cometidos por el camino, la negligencia de quienes no se percataron del engaño y los intereses económicos de quienes participaron en él. ¿Cómo es posible que Selby Kiffer, uno de los máximos responsables Sotheby's, a pesar de que Ashworth le avisara de la dudosa procedencia del poema, siguiera con la subasta? Kiffer conocía el cuestionable expediente de Hofmann, pero no quiso renunciar a la subasta y se inventó que el manuscrito había sido certificado por más de un experto. Muchos quisieron creer y hacer creer a cualquier precio la autenticidad de aquellos versos. Hofmann sabía que «lo que importa no es lo que realmente tienen, sino lo que piensan y quieren creer que tienen».

LA POETA
Y EL ASESINO
SIMON WORRALL
368 págs.
Impedimenta. 22,80 euros



UNA ESTAFA LITERARIA

El hombre que
se hizo pasar
por Emily
Dickinson

'La poeta y el asesino' desvela la historia del mejor falsificador literario, Mark Hofmann, que coló en una subasta de Sotheby's, en mayo de 1997, un falso poema de la poeta estadounidense escrito en un trozo de papel con rayas azules

POR ANNA MARIA IGLESIA

NA
RRA
TTVA

«Un soldado cruzó, desmontó, llevó a su bestia por la brida hasta el abrevadero en la pared opuesta del palacio; un poco de campo en la ciudad. Y los coches de motor resoplaron y sonaron las campanas. En lo alto, al mismo nivel está la verdadera Roma oculta, todo lo que no adivinas mientras caminas por las calles de abajo. Jardines de Colonna con puentes en el camino, setos verdes recortados, el color rojizo de los árboles de Judas bajo los generosos pinos, y una fila de emperadores de mármol de espaldas» (3 de abril de 1903).

Esta es una de las notas que Vernon Lee (1856-1935) fue escribiendo a lo largo de casi 18 años, unos apuntes espolvoreados y caprichosos de Roma, tanto de sus catacumbas («a la luz de las velas entre esos muros cercanos de piedra granulada marrón»), de la basílica San Lorenzo Ruori («los elegantes púlpitos, las peculiares y hermosas galerías con delicadas columnas, y un trío a ambos lados para las mujeres») o de «un prado cerca del Tíber, de hierba y margaritas, recubierto con mechones de junquillos amarillos con forma de corazón».

Son fragmentos de *El espíritu de Roma. Fragmentos de un diario* (Cuadernos de Horizonte) de Vernon Lee (seudónimo de la escritora inglesa Violet Paget) que por primera vez se publican en español. Pantalazos de sus paseos a pie, bicicleta o coche por la ciudad y alrededores, pinceladas frescas de frescos retazos de una mujer inquieta, de temperamento apasionado, que polemizó con Oscar Wilde y Henry James, y que tuvo de su lado a Edith Wharton y G.B. Shaw.

Olivada y recuperada en los años 90 por voces feministas, Vernon Lee fue conocida en su época por su elocuencia. «Su verbosidad fue a veces comparada, y no siempre elogiosamente, a la de un tren en movimiento», como comenta Amparo Serrano de Haro, traductora y autora de la introducción de ese librito íntimo, de este cuaderno de paseos por una Roma que amó pero a la que también maltrató como sólo puede hacerse con un familiar íntimo.

«Sentí muy claramente que el pasado es sólo una creación del presente». Es esta una frase angular de Vernon Lee, pues su vida «está envuelta en múltiples veladuras, como las que cubren los cuadros antiguos que tanto admiraba», sostiene

VERNON LEE

Paseo por la Roma que los turistas desconocen

Se publican por primera vez en español los textos que durante 18 años anotó esta mujer delirante, polemica, melómana y autora de espléndidos relatos fantásticos.

Nunca se casó, tuvo relaciones atormetadas con amigas y viajó por Europa, pero estas páginas muestran una mujer sosegada que se deja llevar por el silencio de basílicas, catacumbas y calles de la ciudad que tanto amó

POR MANUEL LLORENTE

ne Menchu Gutiérrez en el epílogo al libro *La voz maligna* (Siruela), que recoge tres de sus mejores relatos fantásticos. Uno de sus admiradores, Javier Marías, apunta que si bien «sus numerosos y originales estudios de estética han quedado algo anticuados (...) sus relatos de fantasmas o sobrenaturales la acercan a la maestría de Isak Dinesen».

El pulso secreto de Italia y de Roma respunteean estas páginas que abrazan al país que más amó: «¿Alguna vez ha habido otro país que no sea Italia?». Y no sería porque desconociera Francia, Suiza o Alemania. El ángulo de su retina cambió a raíz de «una herida vaga e indolora en su interior» al fijarse en cómo, mientras se ponía el

sol, desde el balcón de la casa familiar de su amigo el pintor John Singer Sargent «dos blancos vapores ascendían de la ciudad, y se agrupaban en los tejados formando una especie de velo».

Se conmovió Vernon Lee y se inquieta el lector de hoy ante pasajes en los que se asiste al canto de unos monjes en una capilla acompañados por un órgano, donde la escritora aspira el sonido ronco de los tubos, el temblor nasal de la voz humana y de un oboe. Parece que la acompañamos y que también vemos «la maravillosa belleza de la doble

columnata de pilares de granito pulido sobre el brillante piso de mármol gris pálido. Fantástico, como piscinas y surtidores del agua más pura» (9 de mayo de 1905, sobre la Basílica de San Pablo).

EL ESPÍRITU DE ROMA VERNON LEE

165 pág. Cuadernos del horizonte. 14,50 euros. Traducción: Amparo Serrano de Haro

Este libro puede ser una conversación imposible con aquella señorita que hasta cumplidos los 23 no podía salir de casa sin que estuviese acompañada por una doncella, bien por las costumbres de la época, bien porque su familia, como ella misma escribió, era «profundamente neuropática e histé-

rica. Mis primeros años fueron calculados de manera admirable, de forma que alternasen la indisciplina y el terrorismo, el trabajo excesivo y una soledad absoluta». Así, no ha de resultar extraño que, entre clase y clase de clavicordio, publicase con apenas 24 años su alabado ensayo *Estudios del siglo XVIII en Italia*.

Con una madre tan contradictoria como ella, un hermano postrado en casa durante 20 años, la propia Vernon Lee tuvo unas relaciones personales complicadas. Sus relaciones con dos amigas, Mary Robinson y Kit Anstruther-Thompson, resultaron tortuosas y terminaron en depresiones que la escritora intentó aplacar con novelas, relatos, conciertos y viajes.

Esta mujer que polemizó con Oscar Wilde y Henry James consideraba que el «pasado es sólo una creación del presente»

«Llevaba trajes sastre, a veces corbata, a veces un sombrero flexible de fieltro, gafas que suavizaban sus encendidos ojos verdigrises -de tigresa-, según una amiga-. Su labio inferior y su dentadura eran protuberantes, su nariz desagradecida: se dijo que poseía 'una fealdad barroca'». Es el retrato que Javier Marías pintó de ella en el imprescindible *Vidas escritas*.

Murió sorda a los 78 años, en 1935. Para entonces puede que se sintiera tal y como escribió en una nota de 1903 que aparece en *El espíritu de Roma*: «Mi mente parece un viejo libro emborronado, papel secante, lleno de fragmentos de frases, palabras que sugieren algo, y se niegan a absorber más tinta».

Vernon Lee en 1889, según su amigo y pintor John Singer Sargent. ASHMOLEAN MUSEUM

